



EL GRAN PRETÉNDER

Luis Humberto Crosthwaite

TEXTOS en
RO
TA
CIÓN

La colección Textos en Rotación espera facilitar los encuentros, en algún punto de la espiral, entre autores y lectores de diversas épocas y géneros discursivos, cuyo epicentro sea el corazón vibrante de la obra escrita.



ISBN: 978-607-30-8401-7



LUIS HUMBERTO CROSTHWAITE (Tijuana, 1962) es el escritor más emblemático de la frontera norte de México. Traductor, tallerista, novelista y cuentista. Su trabajo literario ha sido objeto de estudio por parte de estudiantes de distintos grados académicos en universidades nacionales e internacionales, desde tesis de licenciatura hasta doctorado, y en diversas disciplinas (sociología, psicología, lingüística, estudios culturales y literatura). Es autor de la clásica saga nortea *Idos de la mente: la increíble y (a veces) triste historia de Ramón y Cornelio*, *Instrucciones para cruzar la frontera*, *Aparta de mí este cáliz*, *Tijuana: crimen y olvido*, entre otros libros. *El gran preténder* forma parte del libro *Estrella de la calle Sexta*, que ha sido reeditado múltiples veces.

~ *El gran preténder* ~

Crosthwaite, Luis Humberto. *El gran preténder*;
-México: UNAM, CCH, 2024, 88 pp. (Colección Textos en
Rotación).

ISBN volumen: 978-607-30-8401-7

ISBN obra completa: 978-607-30-3281-0

Primera edición: enero de 2024.

D.R. © UNAM 2024 Universidad Nacional Autónoma de México,
Ciudad Universitaria. Alcaldía Coyoacán, C.P. 04510, CDMX.

Edición no venal

ISBN volumen: 978-607-30-8401-7

ISBN obra completa: 978-607-30-3281-0

Esta edición y sus características son propiedad de la UNAM.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin
la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México - *Printed in Mexico*.

LUIS HUMBERTO CROSTHWAITE
EL GRAN PRETÉNDER

RO
TA
CIÓN
en
TEXTOS



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
ESCUELA NACIONAL COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

Proemio

Las obras escritas representan la memoria viva de las civilizaciones. La ciencia, el arte y la cultura se han convertido, a lo largo del tiempo, en tesoros invaluable que los libros custodian, para provecho de los lectores futuros.

Las grandes revoluciones sociales o culturales han tenido en los libros la chispa originaria de su alborear y también de su caída porque, al parecer, todo cuanto somos y hacemos son hechos del lenguaje, pues el lenguaje marca el comienzo de la existencia del *Homo sapiens*; del hombre que piensa, mediante la palabra o el *logos* de los griegos.

Así, la lectura y la escritura son principios civilizadores por excelencia. En ellas recae la posibilidad de reforzar el pensamiento, pulir las emociones y adquirir nuevos saberes en cualquier esfera de la acción humana. Leer y escribir son habilidades transversales de las ciencias naturales, sociales y humanísticas. Leer y escribir no son faenas adicionales al periplo del hombre y la mujer a lo largo de su vida, sino contenidos vivibles que proveen de sentido a su propia existencia.

La colección **Textos en Rotación** espera facilitar los encuentros, en algún punto de la espiral, entre autores y lectores de diversas épocas y géneros discursivos, cuyo epicentro sea el corazón vibrante de la obra escrita.

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

DIRECTOR GENERAL DE LA ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES

EL GRAN PRETÉNDER

*Este libro estuvo y está dedicado
a Francisco Mendoza y Francisco Morales,
dos Efe Emes, amigos entrañables.*

*El Barrio es el Barrio,
socio,
y el Barrio se respeta.
El que no lo respeta
hasta ahí llegó:
si es cholo
se quemó con la raza,
si no es cholo
lo madreamos macizo.*



Ilustración: Ricardo Peláez Goycochea.



El Saico no está, el Mueras no está, el Chemo no está.

Se sabe: la raza de hoy ya no es tan desmadrosa, la raza ya no se divierte, la raza no la pasa bien como antes. Dicen los batos de entonces que ya están viejos para esas ondas, que ya no le hacen al desmóder, pero la neta es que estuvo dura la chinga. Los morros lo saben. Por eso los morros se juntan en la misma esquina donde se reunían el Saico, el Mueras, el Chemo y el resto de la clicca para hablar de los rucos, los cholos viejos, los que se fueron, los que se quedaron. Y quién sabe qué tanto de lo que cuentan los morros fue cierto, qué tanto inventado. La única neta es que el Saico era el bato más felón del Barrio, ¿o no? Tú ibas al taller donde jalaba, y si tenías algún problema (que si buscabas un toque, que si querías chingarte a un bato, que si te urgía una feria...) el mero Saico era quien te hacía el paro.



El Saico trabaja de mecánico y es precisamente su crónico olor a gasolina y aceite quemado lo que seduce a las morras del Barrio.

Está cargado de dulces palabras y buenos sentimientos. Si le agrada una morra, la detiene en seco y le dice: “¿Tons qué, mija, eres de aquí o te rajás?”. Solo bebe cerveza Tecate en caguama. Considera que todas las demás son agua de jícama.

Solo come atún cuando el bote señala con claridad que fue procesado en Ensenada o El Sauzal, Baja California.

No es alcohólico; se encuentra en los bordes del alcoholismo como en Tijuana todomundo se encuentra en el borde deste nuestro país tricolor.

No saluda a Emigrados Piojos. “Batos que jalan legalmente en Estados Unidos y que vienen a presumir su feria y sus ranflas último modelo, compradas a crédito, y luego no se mochan con las cervezas”.

Odia a los chilangos que se estacionan sobre las banquetas, los que se pasan los altos, los que presumen que son chilangos hablándole en inglés.

Odia a los choferes de la CocaCola desde que uno pasó por su calle y, sin ninguna consideración, pisó el acelerador y estuvo a punto de atropellarlo. El Saico se vio en la obligación de tumbarle los dientes con una cadena de tiempo. Tiene una esposa que se llama la China, simpática y gordita, que ahora lo trata como basura. En las mañanas con frecuencia sale de su casa una voz estruendosa: “¡Ya levántate, pinche güevón!”.

Piensa pasar su vida en el Barrio. El resto del mundo se marchó a la luna junto con los astronautas gringos en 1969.

No tiene oficina. Se le puede encontrar de diez de la mañana a seis de la tarde en el taller del Pocho y de seis quince a dos de la mañana, con el resto de la clicca, en la esquina que todomundo conoce. Ahí cualquier doncella en peligro puede pedir su auxilio, solo que mucho cuidado: ella-se-tiene-que-reportar.

Su filosofía de la vida: “El que no pистea anda mal; al que no le gustan las viejas anda mal; el que no escucha a los Platters anda mal”.

Prefiere la rola *Smoke gets in your eyes*, pero él es *The great pretender*.

Aunque se clava con los Platters, su erudición musical de *oldies but goodies* es tal que su fama se extiende por toda la ciudad y por algunos barrios californianos. Dicen que es autor (a la sorda) de los primeros volúmenes de *Barrio music*.

No es un bato feliz. Se acerca a la felicidad como otros se acercan al futbol los domingos. La disfruta, le da importancia, pero sabe que el lunes se tiene que levantar a jalar en el taller.



Ya se acabó, comentan los morros.

El Saico no está, el Mueras no está, el Chemo no está. Nada es lo mismo.

Se llevaron a culpables, a inocentes; se los chingaron, les valió madre. La juda, la chota, la placa.

Por eso el barrio ya no es el barrio. Por eso la raza ya no es la raza.

Por eso los morros se juntan en la esquina, frente a los Licores Corona, y hablan de aquellos tiempos y dicen, aseguran, que nunca volverá a suceder.

Por eso.



Un borlo en la casa del Chemo.

Ahí está la raza del Barrio. Los batos y sus rucas bailando rolitas oldis. El Saico está sentado, agarrando su cura, mirando a la gente.

—Vamos a bailar —le dice la China.

El Saico no se mueve. Enciende uno de sus Faros como si fuera Belmondo en *Sin aliento*. De esa forma lo explica el Pancho porque es un ruco que le gusta hablar de cine y porque siempre anda diciendo cosas así. El Saico nunca ha visto a Belmondo, sabe un poco de Pedro Armendáriz y eso porque dicen que se parecía a su jefe. Si no, pregúntale. El humo de su cigarro escapa de sus pulmones formando círculos perfectos.

—Vamos a bailar —insiste la China.

Tanto pinche año y todavía no aprende: el Saico solo baila las rolas de los Platters. Ella lo sabe. El Saico solo escucha a los Platters. La demás música no tiene sentido. Nadie lo mueve. Él es el gran preténder.

*Oh yes, I'm the great pretender,
pretending that I'm doing well.
My need is such, I pretend too much.
I'm lonely but no one can tell.*

Qué onda, ¿te acuerdas de los Platters?

Simón, órale. *Only you, Smoke gets in your eyes, The magic touch.* El Saico recuerda a una morra que conoció hace unos años. Se la cogió en el viejo Chevy 57 de su carnal. La ranfla estaba estacionada, descompuesta, quietecita y bien arreglada para cogerse a las rucas. Esa morra fue distinta, me cae, y no por el buen jale que hacía, nel, eso es aparte. Ella le dejó al Saico un grato sentimiento que lo hizo sonreír, simón, sonreír y sentirse bien durante todo el día, durante toda la semana, durante todo el mes.

Los Platters, carnal, ¿me entiendes?

—Vamos a bailar —le dice la China solo por chingar. El Saico permanece sentado. Nada lo mueve.



La China: su esposa su waifa su jaina su esquina.

Su ruca, su morra, su nicho, su queso, su allá voy, su de aquí soy, su torta, su estribo, su tierna melcocha, su media naranja, su castigo, su misión en la tierra, su rancho, su ajúa, su acá, su bien terrenal, su gestión, su obra, su casa grande, su cobija eléctrica, su cachora al sol, su requinto tristón, su rolita oldi, su mejilla sudada, su cementerio, su beibi, su primera dama, su necesidad, su desdén, su urgencia médica, su carestía, su ya no, su cómo no, su otra vez, su no me jodas, su pensión, su fin, su cárcel, su no sé qué.

La China: su esposa su waifa su jaina su esquina.



Aliviánese, mi Saico. Qué onda con usté, qué rollo. ¿No eres mi bato, no soy tu ruca? La primera vez, ¿te acuerdas? Hace cinco años que te guaché: ahí tabas parado con tu clicca en el borlo de mi prima la Carlota, tus mejores tramos, tus mejores cacles, el chalequito, la loción. Olías re suaaaaave, mi Saico, tu greña brillante, muy acá, con tu piochita y tu mostacho crecido. La Carlota y las demás rucas me decían que nomás me guachabas a mí, que no había otra ruca en el mundo. Y yo me hacía del rogar. Les decía: nel, con ese bato nel, ese bato anda con todas, nel. ¿Te acuerdas, pinche Saico? Te acercaste y qué onda, hija. Pos qué onda. Aquí nomás. Y tú, ¿qué pedo? Nanais. Y me jalaste de la mano como si no hubiera bronca, como si supieras que yo no la haría de tos. Me apretaste toda la noche, al tiro, chingón, bien prendido, despacio, muy despacito, una rola de los Platters, otra rola de los Platters. Tu forma de bailar, pasito a pasito, sin mover mucho los pies. Me decías cosas chingonas que me entraron al oído y que todavía no se salen, neta, y que de vez en cuando —al guacharte llegar del jale o

en las mañanas, rolado junto a mí, o ahorita mismo, los dos sentados— aparecen suaves y me hacen sentir igual que antes, cuando nos conocimos. Y era esta misma rola que estamos oyendo, la misma rola de hace cinco años. ¿Soy todavía tu jaina, pinche Saico? ¿Eres todavía el bato machín de la colonia, el mero mero de la China?



Estos son los tesoros del Saico, guardados desde hace un chingo debajo de su cama:

1. Una cadena de tiempo de una ranfla modelo 62.
2. Unos viejos cacles que le heredó su jefe.
3. Una foto autografiada del campeón Alfonso Zamora.

Se encuentran guardados en una caja que nadie puede tocar. Nadie es la China, quién más.

1. Era la cadena de tiempo con la que le atravesó la cara al Jeremías.
2. Era el único par de cacles que usó su papá.
3. Era la foto del campeón dedicada para la Betty “con mucho cariño”.

La China sabe muy bien que esa caja no se puede tocar. La mueve de vez en cuando para barrer debajo de la cama; luego la pone en su lugar. Ella no se clava con esas ondas. Entiende que los batos necesitan un

lugar para esconder sus cosas de hombres, aunque sean pendejadas.

1. Le decían el Jere, a veces le decían el Millas; era un bato bravucón. El Saico no era nadie y se llamaba José Arnulfo. Todos los días llegaba de la escuela y salía al mercado por el mandado de su mamá. Estaba morro. Pocas veces se ponía a pistear con la raza, y si lo hacía en poco rato se podía escuchar la voz de su jefa gritando ¡Josearnulfooooo! Y corría a su casa para ver qué onda. Era un morro calmado. Pero el Millas no respetaba, y está mal visto que un cholo no respete a la raza de su barrio, me cae. Un cholo no anda buscando broncas aunque no le saca cuando anda una por ahí. Esta es la neta. Entonces el Millas se metió con José Arnulfo, se lo quiso chingar, darle carrilla, tratarlo de pendejo. Lo empujó, le dijo puto, le dijo güey. Y el José Arnulfo no decía palabra, no se quejaba. Parecía como si le valiera, me cae. Hasta pensamos quera sacatón. Pero no era así. El bato dejó que el resorte se estirara y se estirara hasta que tronó, lo escuchamos tronar, así, dentro de su cabeza. Y ese día, sin que nadie lo esperara (ya estuvo bueno, ya me cansaste), el resorte tronó bien gacho y José Arnulfo agarró lo primero que encontró a la mano y esa cadena de tiempo se estrelló tres, cuatro, cinco veces en la cara del Jeremías, luego patadas en la panza y en las costillas y el bato en el suelo, y chingazos, más chingazos hasta que le dijimos: calmado, socio, calmado, carnal, yastuvo, deje algo pa más al rato, qué pues, se

está poniendo usted muy saico, calmado, ese. Y hasta la fecha el Jeremías anda de baboso, de menso, tartamudo, sin conseguir jale, perdido en las esquinas del Barrio. Y de ahí que José Arnulfo es el Saico y que nadie le diga otro nombre porque ya sabrá lo que le pasa.

2. No recuerda a su papá con una cara ni con unas manos ni caminando por la calle ni llegando tarde a la casa, nel. Cuando se acuerda, su jefe es una cancioncita triste de Javier Solís que sonaba durante el desayuno. ¿Cuál canción? Quiénsabe. Una; todas. En la casa, su jefe era una presencia que ya no; una presencia que podía tener el rostro de Pedro Armendáriz. Su jefa no le habla de él. Pa qué. El Saico tampoco le pregunta. Los viejos que lo conocieron todavía andan por ahí, rucotes, borrachotes. A ellos tampoco les pregunta. Su jefe era su jefe, así de sencillo: el aroma del tabaco, las rolas de Javier Solís y los viejos cacles que llevó puestos a su jale hasta el final.

3. Betty apareció en el taller con su carro del año para que lo revisara el Saico. Era la única vieja con ranfla nueva que vivía a menos de un kilómetro del Barrio. Su jefe era narco (en un tiempo cuando ser narco no era tan acá), eso no es novedad; aunque la jugaba como dueño de licorerías. La Betty pudo haber llevado el carro a la agencia en el Otro Saite, donde lo compró; pero quería con el Saicorrón, el bato le pasaba bastante y la Betty estaba tan chula como puede estarlo cualquier

hija de narco; es decir: el carro y unos lentes oscuros la hacían verse mejor. Era la única morra que el Saico no pelaba. Y ella le mandaba obsequios, le enviaba recados con otras viejas y le dedicaba rolas en el programa Complacencias de la XEC. El Saico aceptaba los regalos, rompía los mensajes y se sorprendía por el mal gusto musical de la morra: puro José José, puro Julio Iglesias, puro Camilo Sesto. Chaaale. Cuando la Betty llegó con su ranflón del año para impresionar al Saico, este le dijo que no había nada en el mundo mejor que los Ford Galaxie. Los carros europeos son una mierda. Le recomendó que lo cambiara y conectó de nuevo la tapa de una de las bujías que seguramente ella misma había desconectado.

De pilón, sin que ella se diera cuenta, le robó una foto autografiada del campeón Alfonso Zamora, que recientemente había obtenido en Los Ángeles el título de la WBA:

“Por una noche inolvidable
para mi amiga Betty
con mucho cariño”.



Violaron a la Cristina. Luego la madrearon todita.
Después la amenazaron.

Le rompieron su vestido. La dejaron moreteada.

La Cristina.

Por piruja. Por andar de araña. Y ella no dice quién.

Y sus jefes la volvieron a madrear. Su jefe quería correrla de su chante.

Eso está mal, después de que se la chingaron, eso está mal.

Ella no dice quién, ese, porque el güey que se la chingó dice que va a regresar y ella le tiene miedo, está muy paniqueada. Dice que es un gandalla de otro barrio, un bato muy calote, ese, dice que es un cabrón. Quería con ella pero el bato está muy pirata, me cae. Entonces él la subió a su ranfla y ahí mismo se la chingó. Luego la tiró en su cantona, la dejó tirada pa que sus papás la encontraran.

Y resulta que el bato no era cholo. No me chingues.

Un bato crema, ese, muy de escuelita, yúnior, tú sabes.
De tacuche, muy perfumadito, ranfla del año, tú sabes.

Un mamón.

Un puto.

Simón.

¿Qué andaba haciendo con una morra del Barrio?

Por piruja, eso le pasa por araña.

El Barrio se respeta, socio. Simón.



La placa no supo diferenciar. Se llevaron a raza de este y otros barrios. A los felones, a los gandallas y a los calmados. Los cholos siempre pagan, culpables o no. La chota se cobra con ellos. Les gusta entrar a los barrios cuando están bien respaldados y traen sus fuscotas y viene la juda con ellos. Todomundo al bote, hijos de la chingada. Todomundo tiene que soltar una feria porque si no ya saben que les va mal, se los chingan.

Un cholo más, un cholo menos, dice la chota. Les vale madre.



Es uno de los pocos rucos que visita el Saico. Se llama Pancho, es de Tecate, tiene cincuenta y tantos años y recorre la ciudad tomando notas que apunta en una libreta.

Van caminando por la calle, le dice al Saico:

“Ves esa muchacha, loco, ella es poesía. Ves ese perro corriendo, ahí va un cuento”.

Si cualquier otro bato se lo dijera, me cae que se ganaría un cadenazo en la cara. Por mamón.

En este caso el Saico permanece callado.

“Tecate es el centro del universo, loco”.

Llegan al Blue Note, se toman diecisiete cervezas y luego se les acaba la feria. El Saico se pone sentimental.

—Usted lo conoció, usted dígame cómo era.

—La cerveza es de Tecate, loco. Guacha bien este bote. Este cerro que ves aquí es el Cuchumá. Tecate, loco. El cielo, el paraíso, el edén, como quieras llamarle. ¿Nunca has visto al Cuchumá por la mañana, cuando está haciendo frío, cuando la neblina lo hace parecer el monte Olimpo?

—Dígame cómo era mi jefe.

No hay una sola pregunta en el mundo que saque de onda al Pancho. Se sabe la respuesta o no. Si no se la sabe, la respuesta de todos modos le llega.

—¿Pa qué quieres saber, loco? Tu jefe ya no está aquí, los ausentes ya no volverán, ni llamándolos.

—Usted dígame lo que sabe.

El Pancho cavila, apunta algo en su libreta. Mira a unas parejas que están bailando en la pista, iluminadas de rojo. Entra al baño, orina. Escribe en una pared con un plumón negro: “Pancho *was here*”, “Tecate rifa konzafoz”, “César Vallejo *was also here*”, “Puto el que no lea Trilce” y “¡Odumodneurtse!”. Regresa a su lugar. Mira la cara sentimental del Saico. Cavila de nuevo. Pasan tres horas.

—¿Pa qué quieres saber?

—Usted dígame lo que sabe —repite el Saico. Y me cae que si fuera otro bato el que lo hiciera repetir, se ganaría un cadenazo en la cara. Por mamón.

—¿Ya guachaste la película que están pasando en el Bujazán, loco?

El Pancho siempre sale hablando de cine. Simón, simón. “Una muvi rete chafa”, piensa el Saico pero no lo dice.

—Pues tu jefe peleó en la guerra, loco. ¿Me entiendes? Tu jefe mató a muchos, fue un machín y recibió condecoraciones. Tímido y callado, fortachón, prudente, manejaba el arco y la flecha como si fuera un indio de Hollywood. Experto en explosivos, chingón. Regresó a su casa y luego luego la raza le empezó a cagar el

palo. Y luego mataron a su compita del alma. Y él se encabronó. ¿Cómo iba a permitir ese atraco? La raza lo acusó de loco, ellos eran gringos, eran racistas, él era un machín. Acabó con el pueblo, con la policía, con la gente gacha del pueblo. Era un gran tipo tu jefe, neta que sí. Era un chingón.

Algunas parejas bailan cerca del Pancho y del Saico como mariposas monarcas, extinguiéndose al pasar del tiempo.

—¿Quieres saber más?

Salen del Blue Note. Los carros pasan rayando con rojo la oscuridad. Algunos gringos recorren la avenida Revolución, haciendo escándalo. Gringas morritas enseñan su piernas descoloridas y ríen y ríen y ríen y ríen.

—César Vallejo, loco. Lo demás vale madre.

Un gringo enorme, negro, corretea a una güerita. La alcanza, ella grita. Se abrazan. Beso largo, laaaaaargo. Y desaparecen en la noche.



Jueves, día de lluvia. Son las tres de la tarde y las calles están solas. Agua cayendo sobre el Barrio. Los cholos trabajando. Los vagos metidos en sus chantes, dormidos o con sus viejas, haciéndoles la vida pesada. Los cholos trabajadores regresan hasta más tarde.

Un arroyo atraviesa la calle. Algunos morritos salen sin que sus jefas se den cuenta, hacen barcos de papel. Los barcos se deslizan por el arroyo, entre las piedras, entre el lodo; y si tienes un soldadito de plástico, lo metes en el barco; y si tienes una canica, y el barco aguanta, metes la canica. El barco se aleja por los rápidos que se forman cuesta abajo, a veces se detiene, a veces avanza. El soldado se tambalea, recupera el equilibrio. Algunos resisten hasta el final del arroyo, hasta la avenida pavimentada; otros se caen, se ahogan, su vida por la patria. El soldadito muere.

Cuando las calles del Barrio se ponen así, no hay ninguna ranfla que pueda entrar. Se resbalan, se atascan. Los cholos cansados, que apenas regresan del jale, estacionan sus ranflas en las orillas, junto a la casa del

Pancho. Los cholos ahí se quedan largo rato, mientras pasa la lluvia, pisteando, cotorreando.

Son las tres y media de la tarde y las cholas andan en sus casas, ayudando a sus jefas en el quehacer; o andan trabajando en la maquila; o están ahí, jetonas, las que no les gusta jalar. Otras andan en la escuela, pero son pocas. Otras quiénsabe dónde andan; de seguro con su bato, tirando el rol.

Aguas. Que no le caiga el jefe si la morra anda con un bato, que no la agarre con un cabrón porque le llueve una madriza, como a la Cristina, me cae, le llueven golpes y gritos.



Es que Fabricia es la mejor, neta.

Es que Fabricia suena bonito como un motor bien afinado.

Es que Fabricia se acerca, con su greña larga, cepillada miles de veces por la mañana, y susurra palabras que pocos entienden, como en otra lengua, como en un idioma inventado, como qué te diré...

Es que Fabricia tiene unos dieciocho años que se respiran cuando te acercas a ella, que se retienen en los pulmones y se saborean hasta que llegan al cerebro, hasta que te ponen los ojos colorados colorados y luego salen perfumando el ambiente, haciéndote sentir bien acá, bien rico, bien bien.

Es que Fabricia es una de esas morras que no daría la vida por un amor, se le nota. No obstante, ese Saico está clavado. Piensa en ella por la mañana y quisiera ser el cepillo que mil veces pasa por su cabello. Piensa en ella por la tarde y quisiera ser sus zapatos para sentir sus pies sobre la cara. Piensa en ella por la noche y quisiera ser su cobija, sus sábanas, su almohada. Pero el

miércoles, cuando va con el Floyd para que le haga un tatú en el pecho, del lado izquierdo (un corazón colorado, sangrante, atravesado por una filera), el nombre que solicita es el de la China, con sus cinco letras y en el punto de la i una gotita de sangre.



En el Barrio no hay jefes. En el Barrio somos carnales, *homeboys*, raza de acá. Pero el Saico es el más felón y esto se sabe. No se comenta, simplemente se sabe.

Ahí estamos con el Saico y esta vez somos más, está la clica completa. Hasta los rucos están ahí. Hasta los mandilones, los que no salen porque andan con sus viejas. Hasta ellos.

—¿Tons qué, socio? —pregunta el Lute.

El Saico no es de palabras. Él tiene su verbo y lo usa cuando es necesario.

Esta vez decide guardar silencio.

—Es que ta cabrón lo que le hicieron a la Cristina, me cae. Será pirujona y lo que usted quiera, pero ta cabrón.

La raza está de acuerdo.

—Yo sé quién fue —dice el Mueras—, yo sé quién se la chingó y sé dónde vive y sé con quién anda y son una bola de mamones, cremas, pendejos.

Los cholos están reunidos en el borlo del Chemo, y se siente algo que arde. El calor se levanta con chispas

y truena como leña vieja, y las chispas se elevan al cielo hasta que desaparecen.

Nadie anda borracho, nadie anda pasado, todavía no: así de cabrón está el asunto.

Pasa una patrulla, los mira desde el otro lado de la calle. Ahí se queda un rato, tanteando. Los chotas miran el fuego, el calor, las chispas. A ver: que se bajen, que salgan de la patrulla si son tan chingones, que se acerquen: a ver. Ellos saben cuándo quedarse quietos. Pasan unos momentos y la patrulla se larga. Pinches chotas.

—¿Tons qué, socio?

El Saico no habla. Abre la boca y un círculo de humo se escapa de sus pulmones, luego otro más grande, luego otro.

Y el silencio.



Es domingo. La China sale temprá de su casa. Se va con la Carlota pal centro, nomás pa ver qué miran, nomás pa tirar el rol, quitarse lo aburrido. La China y la Carlota parecen carnalas, gorditas y chaparras; caminan muy juntas. Se meten en las tiendas y agarran cura. La raza de seguridad, la que cuida las tiendas, se les queda mirando. Hey, qué onda: como si fueran rateras, como si fueran a robarse algo.

—Pinche raza.

Una vez la China se robó un delineador de ojos. Nada más de puro chéiser, nada más para que no estuvieran chingándola ni acusándola con la mirada. Porque si algo cae mal es que las vigilen como si fueran ladronas cuando ellas no se roban ni madre.

Se meten a las tortas El Turco y piden dos de lomo y unas sodas de naranja.

La Carlota saca los tabacos y al rato ya está contando los chistes peladotes que escucha de sus carnales y que hacen reír tanto a la China.

Luego la Carlota se pone seria.

—Es que no sé cómo decírtelo, manita.

Simón, se lo dice, a la brava. Ella es su prima y es como su carnala y no se anda con rodeos: pos que la Suftris miró al Saico con la vieja esa, la Fabricia, me cae, por Diosito que ella me lo dijo, me cae, y pos yo no quería decírtelo, manita; pero así es la onda. Lo miró frente a su casa: el cabrón muy descarado, le valió madre. Sabía que la Suftris lo guachaba, sabía que miba decir, sabía que yo tiba decir y así está el pedo. ¿Qué vas hacer, manita?

Como si le hubieran tirado una piedra a la cara, me cae.

—Pos no sé —dice la China.

Y de veras no sabe. A todas las viejas les pasa este desmadre, neta. Los batos siempre andan con sus mamadas. Y una vive con el Saico y sabe que el Saico no es un santito; pero una nunca se prepara para estos rollos y menos como para pensarla desde antes y saber si le va a gritar a su bato o se va a madrear a la pinche vieja, y seguro que va a hacer las dos cosas; por lo pronto quiénsabe.

—No sé —repite la China.

Sonríe un poco, un poquito nada más, como para alivianar el asunto. En realidad se pone triste como una ciruela pasa, se arruga por dentro. Se le cae el corazón y se va rodando por la banqueta. Y la Carlota simplemente no sabe ya qué hacer con ella.



Así es el pedo: si se muere un cholo nadie la hace de tos.

Si se muere otro bato, un yúnior, un influyente; entonces sí, ¿verdad?, entonces chinguense a los cholos, los cholos son culpables, acaben con los cholos.

No toda la raza es gandalla, me cae. Hay cholos calmados que andan con su ropa, con su finta, que no hacen daño. Se echan unos pistos, cotorrean, caminan por la calle, no molestan. A esos también se los llevaron. A esos tampoco respetaron. Es la represión, me cae, la pinche represión que no deja vivir.



En su brazo derecho, desde hace tres años, está tatuada una Virgen de Guadalupe bien pirata, bien mal hecha, que le hicieron al Saico antes de que conociera al Floyd.

Esa virgencita ya lo tiene hasta la madre y recientemente ha pensado quitársela con una lijadora eléctrica.



Un jale es un jale.

Le decían el Rigo y andaba con muchas viejas del Barrio. Era su única virtud y su único pecado. No era borracho, no era grifo, no era lacra. Era uno de esos batos que hablan y hablan y aburren un chingo, pero que saben hacerla con las morras. El Saico lo conocía como a toda la raza del Barrio, no era *homeboy*, no era de la clica pero era de por ahí. Trabajaba de carrocerero en el Otro Saite. Se levantaba cada mañana a las cinco, hacía cola para cruzar la línea, enseñaba su pasaporte, camellaba todo el santo día y regresaba como a las ocho de la noche aún con fuerzas para meterse con dos o tres viejas.

Era bato, ni modo de que se aguantara las ganas. Ella (sagitario) quería que el Saico lo golpeará.

Cosa rara ver a una morra en el taller, cotorreando con un mecánico sobre rollos que nada tenían que ver con la reparación de un motor. Ella quería que el Saico le hiciera un favor. Se lo pidió así, serenita. Cargaba en la mano izquierda un tatuaje con el nombre del Rigo, y unas gotitas como lágrimas.

—Ya sabes el precio —le dijo el Saico.

—Ni pedo.

Le pagó así, igual de serenita, en el viejo Chevrolet 57 que había sido de su carnal. Ni modo de no cumplirle.

—Qué onda, Rigo.

—Qué onda, mi Saico, ¿qué lo trai por estos rumbos?

—Su vieja quiere que me lo chingue, socio, por cabrón.

—Qué pues, Saiquito, yo qué le hice a usted.

Un jale es un jale.

Uno tiene que tener palabra, es cuestión de honor y de ética profesional. La morra ya pagó. Uno no puede quedar mal porque luego se corre la voz de que el Saico es sacatón y eso está mal. El Saico no le saca. Es un felón.

La cadena de tiempo atravesó la cara del Rigo con la gracia de una bailarina de estriptís. El Rigo se fue al suelo y chupó tierra.

El Saico no lo golpeó más.

—Y aliviánese para la otra, compita.

—Sincho, no hay pedo —le dijo el Rigo con dificultad, escupiendo sangre.

Luego se levantó, se sacudió la ropa, notó que tenía un diente flojo y se fue con las gemelitas Maritza y Rebe, ambas enfermeras, que por suerte lo estaban esperando.



Esto lo cuenta el Pancho:

En uno de los muros, loco, afuera del taller, hay un placazo gandallón que dice:

SAICO PSICO ZAIKO • TJ RIFA Y KE

Un par de judiciales en un carro nuevo, sin placas, vidrios ahumados. Uno de ellos (tacuche y corbata) señala el placazo. Fuma cigarros Benson.

Salen del carro, entran al taller, se dicen “pareja”. Sonríen al mismo tiempo, caminan con el mismo número de pasos. Uno de ellos pregunta:

—¿Quién es el Saico?

Kirk Douglas fue Spartacus en un película chingona, loco. ¿Te acuerdas?

La fusca del judicial se asoma entre su saco, coquetona, hablando sola, diciéndose: “¿cuál destes cholos me voy a echar primero?”.

El Saico, debajo de un carro, aprieta su fiel cadena de tiempo.

Kirk Douglas, con barbilla agujerada, era un gladiador rebelde que formó un ejército contra los gandallas romanos.

El Pocho está lavando un cigüeñal.

—¿Quién quiere saber? —responde.

Los judiciales no dejan de sonreír, uno trae un palillo entre los dientes; el otro contesta:

—Violaron a una chamaca por aquí cerca, andamos buscando testigos, recogiendo sospechosos.

Tony Curtis también actuó en Spartacus.

Hay tres mecánicos en el taller, además del patrón. El Saico revisa la transmisión del Ford Galaxie que a veces usa para tirar el rol. Necesita un poco de aceite. Le echa una mirada a su fiel llave nueve-dieciséis y otra a los judiciales.

Uno de ellos regresa a su carro y habla por su radio trasmisor, sin quitar la vista del taller. El de tacuche no se mueve, incómodo por la ausencia de su pareja y la mirada de los mecánicos.

El Lute y el Mueras trabajan sobre un Buick, placas americanas. Está desbielado.

Douglas mata a Curtis (¡a su compita, loco!), no sin antes asegurarle que es mejor morir así que sufrir el terrible suplicio de la crucifixión.

—Aquí no hay violadores —dice el Pocho—. Todos mis mecánicos son buenos muchachos.

Jean Simmons, Varinia, era la heroína de la película.

La China es la esposa del Saico, ya lo sabes, y también es una heroína, me cae.

—¿Quién de ustedes es el Saico?

Cuando los romanos gandallas agarraron a los gladiadores buena onda, los amontonaron en un cerro y les preguntaron: “¿Quién es Spartacus?”. Los gladiadores dijeron: “Yo soy Spartacus, yo soy Spartacus, yo soy Spartacus, yo soy Spartacus, yo soy Spartacus, yo soy Spartacus, yo soy Spartacus...”.

El Saico sale debajo del carro, se sacude las manos y dice:

—Yo soy.

Se acercan el Lute y el Muera. Ellos dicen:

—Yo soy el Saico.

El Pocho dice:

—Yo soy.

Los judiciales se sacan de onda, caminan con el mismo paso, platican entre ellos. Levantan el cigarro al mismo tiempo y aspiran. Ambos soplan el humo.

Kirk Douglas, los gladiadores, el Lute, el Muera, el Pocho y el Saico, se suben al carro de los judiciales romanos.

El taller se queda abierto, loco. Nadie menciona el terrible suplicio de la crucifixión.



De repente la familia decidió irse al norte.

De repente la Chinita estaba en otra ciudad, sin amigos, sin saber qué onda, nada más con su prima la Carlotilla en una escuela llena de muchachos que no les hacían caso.

De repente las primas con sus ojos abiertos miraron por primera vez el Barrio. Caminaron juntas al mercado, caminaron juntas a la tortillería.

En la secundaria se les quitó lo ranchero. Comenzaron a sentirse más aliviadas, sabían más del mundo. Vieron que las cholas del barrio traían buena onda. Ellas también se hicieron cholas. Cosieron su ropa, se pintaron la cara, por qué no. Había más respeto. Había más dignidad en ese rollo que andar sin razón por la vida. Ahí conocieron a la Sufri, ahí conocieron a la Smaili, ahí conocieron a la Barbi, a la Susi, a la Foi, y eran buenas rucas todas ellas, eran compas que nunca se negaban a hacerte un favor.

Algunos cholos eran bien macizos, se portaban acá, suave con ellas, que si querían bailar, respetuosos los batos aunque no faltaba alguno que quisiera pasarse de listo.

De repente la China y la Carlota estaban en su ambiente.



Cuando Fabricia camina no hay otra cosa que los cholos prefieran mirar. Es muy sabrosa, ¿cómo te diré? Delgadita, larga, pantalones harto ajustados. Sabrosa sabrosa. Y por supuesto las demás cholas no la pelan, les cae de madres porque todos sus batos quieren con ella. Todos desean llevársela a un lugar oscuro y prometerle asuntos que no les prometen a ellas, cosas que ni siquiera van a cumplir, pero que tendrían a Fabricia tan contenta que abriría las piernas y soltaría lo suyo: todo aquello que los cholos imaginan tibio y sabroso.

Lo único gacho es que la Fabricia es bien apretada: no habla ni se junta con nadie, sus compas son raza de otros barrios. Ella pasa enfrente de los cholos y se para en la esquina para esperar el camión. Los cholos no pierden el tiempo y de volada le hablan cosas de amor: hey, mamacita, ps ps, chula, mi reina, preciosa, uf uf, aquí estoy.

Fabricia los mira con un poco de enfado y otro poco de indiferencia. Ellos no se acercan, guardan su distancia. El único atrevido es el Saico. Se para junto a ella y se sube al mismo camión.



—Y ¿qué pasión con la China?, ese.

—Seeeepa. Dicen que después del desmadre siguió trabajando en la maquila, luego se fue pal Otro Saite y después se arranó con un emigrado. Ahora anda jalando por allá y nunca regresa al Barrio.

—Pues a qué venir —comenta uno de los morros—. Ya no hay ni madres aquí.

—Me cae —dice otro.

—El Barrio como que ya no es el Barrio, tú sabes, se acabó el desmóder. Se acabó el pedo. Se apagó todo.



Y es que el Nicte-Ha es el lugar. No hay otro donde un cholo pueda estar a gusto con su jaina y su música. A gusto. Con la clicca. Nomás cotorreando. A gusto. Las tardeadas son los sábados y ahí están los cholos y las cholas de todos los barrios.

Y si tienes compitas en otras colonias pues ahí es cuando los saludas.

Y si tienes alguna bronca con un güey de otro barrio, pues ahí es donde lo resuelves.

Y es que el Mareas, por ejemplo, le quitó su ruca al Pato. Se la agandalló gacho. La morra ni avisó. El Pato andaba muy prendido de su jaina y el Mareas es como más suave con las rucas, les tira su verbo y no es machín.

Y el Pato y la Yanis andaban juntos desde hace un chingo de tiempo.

Y el Pato ya se había madreado a la Yanis dos que tres veces.

A ella como que sí le gustaban las madrizas. No la hacía de tos. Como que si lo quería más y ya se hablaba de que se iban arrancar, ya se hablaba de tener morritos

y hasta creo que el Pato compró el anillo, me cae, así de serio iba el rollo.

Y entonces llega el Mareas y como si fuera un mago, como si fuera un brujo, le avienta un conjuro a la Yanis y ella se olvida del Pato, me cae. El Mareas se la agandalla gacho. Ahora la Yanis clavadísima con el Mareas.

Y ahí están los tres en el Nicté-Ha.

Y el Pato, por supuesto, pedísimo, hastatrás, bien atizado desde que lo dejó la Yanis.

Y ella como si nada, bailando con el Mareas.

Y luego comienza la carrilla de la raza: que no se deje, pinche Pato; que qué pues; que chingueselo, carnal; que aquí le hacemos el paro.

Y el Pato, claro, después de tanta carrilla, se acerca a los que están bailando, los separa, y le dice a la Yanis: “Quiero cotorrear contigo”.

Y el Mareas pos ni modo de quedarse callado: “Hey, qué pues, socio, aliviánese”.

Y entonces como que si la demás raza huele la bronca, y algunos se quitan y otros tratan de calmarlos; pero eso no funciona. Cuando el tiro está cantado pos no hay nada qué hacer para remediarlo: uno se tiene que chingar al otro.

Y el Pato trae su filera, no duda en sacarla. Y el Mareas también con su filera.

Y la Yanis, paniqueada, no le queda otra: como no es bravucona se pone a llorar, no sabe qué más.

Y ninguno que afloja.

Y la banda sigue tocando. Eran los Corazones Solitarios, por eso había tanta raza.

Y el asunto no dura mucho, nel. Se resuelve pronto porque llega la placa, porque la llaman los dueños del Nicté-Ha por el miedo que tienen de que los cholos desmadren su congal. Al Pato no le importa y se lanza contra el Mareas, dos tres cuatro piquetes hasta que el bato ya no se mueve y deja un chingo de sangre, una manchota en el piso.

Y los chotas se van encima del Pato. Se lo chingan con sus macanas, uno dos tres sobre el Pato.

Y así lo sacan, atolondrado y jodido, medio muerto. Se lo llevan arrastrando.

Y la raza dice: “Qué pues. ¿Pa qué joden tanto al Pato nomás por cobrarse la que le debía el otro güey?”.

Y la chota sale rápido de ahí.

Y la tardeada termina media hora más temprano porque unos cholos encabronados comienzan a desmadrar el Nicté-Ha, se van sobre las mesas, sobre las sillas.

Y a mí se me hace que no dura abierto ese congal, pa mí que lo clausuran pronto, me cae.



Se sabía que la Cristina andaba con batos que no eran de la colonia. Se veían los carros finos que entraban al barrio, y los cholos nada más guachaban a la Cristina subirse perfumada, besar al bato como queriendo que la raza se diera cuenta, luego largarse y no volver hasta la medianoche. Cada vez llegaba más tarde a su casa y se oían los gritos de sus jefes: que qué pensaba ella, que si quería vivir sola, que si ya se creía muy grandecita. La Cristina contestaba, también gritando, que la dejaran en paz, que ella buscaba una mejor vida, que si ellos querían verla de chola, de vaga, sin futuro...

Al día siguiente, ella preguntaba por la China para que le ayudara a coser un vestido o arreglar un pantalón. Le contaba chismes, cotorreaban como viejas amigas.

Al rato ya no les hablaba. La Cristina no las conocía cuando llegaban algunas amigas de su trabajo a visitarla.

“Eso es cantar un tiro”, pensaba la Carlota.

Habían decidido que tarde o temprano se la iban a chingar; pero nunca tuvieron tiempo de hacerlo.



En el Ford Galaxie los cholos andan tirando el rol.

Recorren la Constitución, la Revolución, la Madero, la Negrete, la Ocampo.

La ranfla anda lenta, lenta, paso a paso. El Saico saca el brazo por la ventana, la mano derecha bien prendida del gran volante. Cuando observa una morra grata, la infla de piropos, la maltrata con historias de amores breves y circunstanciales.

La ranfla: treinta centímetros separada del pavimento, bien ranita, diez millas por hora (o mucho mucho más, si es necesario), rines cromados, interiores y carrocería impecables, amortiguadores que suben y bajan a voluntad del conductor, sonido de alta fidelidad que arroja a los Platters sobre cualquier ingrato que se acerque. Y al que no le guste, que se la trague. Ford Galaxie: el mejor carro del mundo.

¿Cuántos cholos caben en una ranfla de ese tamaño? Mejor ni preguntes.



La China: su esposa su waifa su jaina su esquina.

No es difícil convencer a las demás. Fabricia no es muy querida por culera, presumida y pirujona; así que las rucas se reúnen sin dificultad. Se corre la voz: la China quiere chingársela, así de sencillo. Se juntan la Sufriis, la Barbi, la Smaili, la Carlota, la Ruda, la Foi y la Susi.

La China explica y las otras comprenden. Se pintan las uñas de negro.



El Johnny vive en San Diego con sus papás y estudia en Southwestern College. Es yúnior. Los domingos se la pasa en Tijuana. Viene a visitar a sus amigos, a visitar a sus novias, a divertirse, a beber, a lo que sea. Llega en un LTD. Dispara tragos. Eructa. Habla de viejas: sus nalgas, sus tetas. Los amigos se ríen. Dicen que es sobrino de no sé qué político cabrón. Más bien, él lo dice: “Si tienen broncas con la ley, con quien sea, yo se las puedo arreglar”. El lunes temprano regresa a San Diego. Si lo buscas, no es difícil encontrarlo: los sábados, como a las ocho, suele estar en la colonia Cacho, frente a la casa de Olivia.

El Ford Galaxie ronda la Cacho, los cholos saben lo que buscan.



“El Saico tiene un serio problema de autoridad”. Eso le dijeron los profes a su jefecita para asustarla, para que lo sacara de la escuela y lo pusiera a trabajar.

Entonces el Saico se llamaba José Arnulfo y tenía un hermano que no era cholo. Un greñudo, seis años mayor que él, que andaba de bronca con la jefa porque llegaba muy noche, pasadísimo.

El Saico lo quería bastante, era su carnal, era chingón: le enseñó los Platters, lo llevó con las pirujas del coahuilazo. Su carnal las conocía de nombre: la Zuzzette, la despampanante Yazmín. Pero su jefecita lo echó de la casa por greñudo por chemo por grifo por pedo. Le dijo que ya no lo iba a estar manteniendo, por greñudo por vago por drogo, ya no lo quería en la cantona.

Igual que su carnal, José Arnulfo tiene un grueso problema de autoridad, lo dicen los profes que saben que es el hermano menor. Su jefecita se preocupa, le da remordimiento. Se la pasa varias noches sin dormir. Finalmente lo saca de la escuela y se lo encarga al Pocho para que lo meta de aprendiz en su taller.

Ella pasa sus noches rezando por su otro hijo, el
greñudo que jamás regresó.



Cristina no se sentía a gusto con la cholada. Al principio jugaba a ser chola y era compa de la China y de toda la raza. Después ella encontró su onda fuera del Barrio. Buscó trabajo en un banco, comenzó a sentirse crema: se perfumaba, usaba zapatos de tacón. Agarraba esa onda, luego regresaba con las cholas. A las rucas no les pasaba que estuviera cambiando, como si no supiera lo que buscaba. O eres chola, o no lo eres, la onda no es complicada. Se lo dijeron: si eres chola te reportas con la raza, si no eres chola quédate en tu cantona y déjate de chingaderas, con nosotras no tienes nada que hacer.

29



Tijuaz-baja-califaz. Akí mero. Barrio 17. Y ke.



La banda estaba tocando esa rolita que dice:

*Testiga de mi tristeza,
luna llena plateada,
con tu luz y tu magia
haz crecer nuestro amor.*

Eran los Corazones Solitarios, por eso había tanta
raza.



A veces el Saico se agüita. Le entra una pesadumbre que no le quitan el pisto ni la mota ni las rucas ni los Platters.

Entonces agarra rumbo a la casa del Pancho.

La chante de ese ruco es un cuarto muy oscuro con paredes llenas de libros.

—César Vallejo, loco.

A veces están ahí los compas de Tecate: el Róber ques profe, el Gabo ques pintor y el Marco que trabaja en Teléfonos.

Ellos cuentan sus historias sobre los viejos y los morros. ¿Te acuerdas de este, te acuerdas de aquel? El Saico es tijuanero. Los tecas son otra onda, quién los entiende.

—César Vallejo, loco.

En ocasiones llegan otros cholos: el Chemo, el Mueras, el Lute, el Chory. Empiezan a cagar el palo. Qué onda, Pancho, repórtese. Qué onda, Marco, role la yesca: saca-limpia-forja-prende-y-prexta.

El Pancho les habla de otros tiempos, de los pachucos (buenos tiempos cuando la raza sí era gruesa y no

se andaba con pendejadas, lo único importante era tu jaina y tu ranfla, loco, lo demás podía pasar a tu lado y a ti no tenía por qué importarte, no era tu onda). Les habla del buen cine (Jean Paul Belmondo, Alain Delon, Warren Beatty, Montgomery Clift) y del viejito-Vallejo-peruano-años-en-la-cárcel-buen-poeta-inventor-albañil. (“Escribir es como construir un muro, loco, ladrillo por ladrillo”). Los cholos guardan un respetuoso silencio porque saben que el refri del Pancho está lleno de botes frondosos y caguas llenas de cerveza Tecate.

Luego el Pancho pone a los Platters. Luego al Saico se le quita la pesadumbre.

Luego, cuando ya están hasta atrás, el Pancho saca, muy a la sorda, sus discos sumamente rayados de Los Cinco Latinos que son como los Platters pero en español y con voz de vieja.

Los botes y las caguamas se acaban puntuales a las tres de la mañana.



Alguien le sopló a la Fabricia. Se sabe porque ella nomás miró a las rucas y se echó a correr.



Nel, aquí ya no hay cholas. Hay unas que dicen ser cholas; pero nomás de la ropa pa fuera, tú sabes. Es todo. Voy pal barrio, voy pa la colonia, y nada. Las cholas o se casaron, o se fueron al Otro Saite, o están en la peni.

Aquí no hay cholas.



—Bájese de la ranfla, socio.

Olivia se asusta. El Johnny no sabe qué pedo. Mira al cholo grandote y pura madre que se va a bajar. Sube la ventana, intenta subirla; el Mueras lo agarra de la corbata y empieza a jalonearlo para sacarlo por la ventana. Adentro del Galaxie se observan los tenues naranjas de las bachas que se están consumiendo.

Olivia no sabe qué hacer. Primero se vuelve valiente, grita majaderías y trata de ayudar a su novio. Luego se vuelve cobarde, sale del carro corriendo y se mete a su casa. El Johnny se zafa, abre la guantera y lo inesperado: saca una fusca. Dos balazos en la panza del Mueras.

El carro arranca con el típico ruido de llantas quemando el pavimento. Los cholos se bajan corriendo y suben al Mueras (sus ojos abiertos abiertos, su respiración agitada).

Olivia de nuevo en la calle, su papá detrás de ella, en pijamas. Se encienden las luces de otras casas.

El Galaxie levanta cuarenta, cincuenta, por las calles pobladas de la Cacho. El Johnny busca la salida hacia

el bulevar, maneja nervioso, golpea un poste, reversa, arranca. Trata de escapar; es inútil: los cholos lo alcanzan, le cierran el paso, golpe de carros. El Johnny se estampa contra una pared. Los cholos bajan. El Johnny intenta salirse de su carro. Correr, correr, lejos. Demasiado tarde. Movimientos veloces. Pistola en la mano, un disparo errado. Pistola en el suelo. Golpes sobre Johnny. Patadas. Cadenazos encendidos. Las fileras zumban. El calor, el calor de la sangre. ¿Está muerto? Me vale. Patadas. Golpes. Calor. ¿Se mueve? Patadas que son cadenas. Golpes que son fileras. Golpes que son certeros y fuertes y el calor que envuelve la noche por encima de todo. Ya es hora de irse. Raza, ya es hora de irse. ¿Lo dice el Saico? Sirenas. Sirenas en la distancia, aullando. Simón, el Saico dice que ya es hora de irse. Raza, raza, ya es hora.

El Galaxie sale de la Cacho a gran velocidad, se detiene en el primer semáforo rojo y entra con el resto de los carros a una marcha lenta sobre el bulevar.



El Nicté-Ha era el lugar. Ahí se hacían ondas machinas: cotorrear, agarrar cura. Ahí se pasaba bien el rato, me cae.

Luego el Nicté-Ha fue una pista de patines. Luego fue una maquiladora. Ahora está cerrado. No dejan entrar. Está cerrado. Ahora quiénsabe qué chingados es.



Las rucas no tardan en alcanzarla, la acorralan, y la China dice: “Pos tú qué, tú qué, cabrona”. La Fabricia se queda callada. No dice ni madres cuando le llueve la chinguiza. Le jalan la greña, la golpean, la estrujan, la patean. El negro de las uñas se marca en su brazos y mejillas.

Pobre Fabricia.

Tan chula que se veía, tan bien pintada que andaba, con sus mejores trapos como si fuera a un borlo. Las rucas le rompen la blusa, le sacan sangre de la nariz, la dejan moreteada. La China dice “Ya estuvo” y las rucas le paran. “Ya estuvo”, y las rucas se alejan, se van a sus chantes. No se habla más del asunto.

Nadie se acerca a la Fabricia. La gente pasa, mira de lejos, la dejan solita. Ella no habla ni pide ayuda. Se levanta, se acomoda la ropa, como puede, y regresa cojeando a su cantona. Si había borlo, ella nunca llegó.



Fue demasiado argüende por un yúnior. Resulta que era un morro pesado, hijo de no sé quién, sobrino de un político, de un ruco gruexo. A partir de esa noche y durante seis meses, cada noche pasaban por el Barrio cinco carros nuevos, sin placas, patrullando.

Eran las tres de la mañana y se escuchaban los disparos. Tiroteaban sobre las casas, rompían los vidrios, asustaban a los niños. Redadas durante el día. Llegaba un cholo del trabajo y ahí estaban los judiciales para meterlo a la perrera y golpearlo. Las jefecitas preguntaban por sus hijos en el Ministerio Público, no se sabía de ellos. Unos tardaban hasta tres semanas en regresar. Volvían moreteados, flacos, jodidos. Los chotas, según ellos, no sabían nada del asunto. La prensa no se interesaba.

Del Saico, del Chemo y de otros, ya no se volvió a saber. Han pasado veinticinco años desde entonces.



Mi ruca no entiende esta onda de los batos. El otro día me dijo: “Uyuyuy, parece que te gusta más estar con la clicca que conmigo”. Las morras no comprenden, me cae. Le dije cómo estaba el rollo pero nomás no quiso agarrar la onda. Entiéndeme, le dije, con la clicca se disfruta, se la pasa bien; los *homeboys* son tus compas macizos, son los meros meros cuando necesitas un paro. Entiéndeme, le dije, con las rucas es distinto, es otro pedo.

Ella no quiso entender, me cae; por más que le expliqué, de todos modos se encabronó conmigo, que porque siempre ando de vago, que porque siempre ando con la raza y llego muy tarde a la cantona. Y ahora tuve que comprarle estas flores, y las metí en una bolsa pa que la raza no se diera cuenta. Ya me imagino la carrilla: “Hey, qué onda con esas florecitas, mandilón, te train pen-dejiando, qué pues, métale unos chingazos y ya estuvo”.

La clicca no entiende. Mi ruca... ¿cómo te diré? Ojalá que ya no esté enojada conmigo cuando llegue a la casa.



El Johnny no se murió. Uno de los morros dice que sí, otro dice que no. Lo madrearon un poco, lo mandaron al hospital unas semanitas y ya estuvo. Entonces, ¿por qué tanto argüende?

Y pon tú que sí se lo chingaron, pon tú que al Saico y a la clicla se les pasó la mano. ¿Por qué tanto pedo contra la raza, contra todos los cholos, contra todos los barrios?



La China lo despierta con palabras amorosas que han ido cambiando con el tiempo.

—Ya párate, pinche güevón. Ya es hora de ir a jalar.

La primera vez que durmieron juntos, ella lo despertó con palabras distintas:

—Levántate, mijo. Levántate porque el día comienza y apenas me alcanzan las horas que tengo para ti.

La China no sabía que se casaría con él. Pensó que era otro galán en su vida, uno de tantos en su jardín. Por eso, antes que despertara, se le quedó mirando durante largo rato. No quería que sucediera lo mismo que con otros. Nel. Este le pasaba más: su forma de no hablar para decir las cosas, su estilo tranquilo, su manera de no sonreír cuando estaba sonriendo.

Cuando el Saico despertó, aquella primera vez, era un bato feliz.

—Pinche China, me cae que eres como una flor, “pareces amapolita cortada al amanecer”.

—No mames —le dijo ella con un cariño sabrosón.
Qué curiosas son las palabras amorosas, cambian, en-
vejecen:

—No me chingues, China, déjame dormir.

Y el Saico por lo regular llega tarde a su trabajo.



Cuando le cuentan la noticia, cuando le enseñan los periódicos, la Cristina se encierra y se pone a llorar.

—No soy chola —se le escucha decir a través de la puerta.



El invierno comienza su entrada en el Barrio. Los morros dejan la esquina y se refugian en un lote baldío. Buscan llantas viejas y forman hogueras bajo la luna. Se levanta un humo negro que se esconde en la oscuridad, empujado por el aire, rumbo a los otros barrios.

Los morros rolan una botella de tequila, se soban las manos, se acercan al fuego.

La lumbre hipnotiza. A veces no hay nada que decirse y la lumbre es la única que habla, que recuerda. Los colores naranjas y amarillos consumen las llantas. La noche se prolonga, no parece acabarse.

Alguien sugiere que ya es hora de partir. Simón, ya es hora, dicen todos. Pero se quedan un rato más esperando que las llantas se mueran. Después el frío arrecia, no respeta, y es mejor irse a rolar: mañana es día de trabajo.

Las despedidas son breves.

El Barrio es el Barrio,
socio,
y el Barrio se respeta.
El que no lo respeta
hasta ahí llegó:
si es cholo
se quemó con la raza,
si no es cholo
lo madreamos macizo.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

RECTOR

Dra. Patricia Dolores Dávila Aranda

SECRETARIA GENERAL

Mtro. Hugo Alejandro Concha Cantú

ABOGADO GENERAL

Mtro. Tomás Humberto Rubio Pérez

SECRETARIO ADMINISTRATIVO

Dra. Diana Tamara Martínez Ruíz

SECRETARIA DE DESARROLLO INSTITUCIONAL

Lic. Raúl Arcenio Aguilar Tamayo

SECRETARIO DE PREVENCIÓN Y SEGURIDAD UNIVERSITARIA

Mtro. Néstor Martínez Cristo

DIRECTOR GENERAL DE COMUNICACIÓN SOCIAL



**ESCUELA NACIONAL
COLEGIO DE CIENCIAS Y HUMANIDADES**

Dr. Benjamín Barajas Sánchez

DIRECTOR GENERAL

Lic. Mayra Monsalvo Carmona

SECRETARIA GENERAL

Lic. Rocío Carrillo Camargo

SECRETARIA ADMINISTRATIVA

Lic. María Elena Juárez Sánchez

SECRETARIA ACADÉMICA

QBP. Taurino Marroquín Cristóbal

SECRETARIO DE SERVICIOS DE APOYO AL APRENDIZAJE

Mtra. Dulce María Santillán Reyes

SECRETARIA DE PLANEACIÓN

Mtro. José Alfredo Núñez Toledo

SECRETARIO ESTUDIANTIL

Mtra. Araceli Mejía Olguín

SECRETARIA DE PROGRAMAS INSTITUCIONALES

Lic. Héctor Baca Espinoza

SECRETARIO DE COMUNICACIÓN INSTITUCIONAL

Ing. Armando Rodríguez Arguijo

SECRETARIO DE INFORMÁTICA

DEPARTAMENTO EDITORIAL

Dirección editorial: Héctor Baca Espinoza

Revisión editorial: Marcos Daniel Aguilar Ojeda y Omar Nieto

Coordinación editorial: Mario Medrano González

Diseño y formación: Xanat Morales Gutiérrez

El gran preténder

se terminó de imprimir en enero de 2024 en los talleres de la Imprenta del Colegio de Ciencias y Humanidades, Monrovia N. 1,002 colonia Portales Sur, C.P. 03300, Alcaldía Benito Juárez, CDMX. La edición consta de 500 ejemplares con impresión offset sobre papel bond ahuesado de 90 grs. para los interiores y cartulina sulfatada de 12 pts. para los forros.

En su composición se utilizó la familia tipográfica Espinosa Nova.

El diseño y formación estuvo a cargo de Xanat Morales Gutiérrez.

El cuidado de la edición estuvo a cargo de Mario Medrano González y Omar Nieto.